

(Re)Pensar la Anarquía en el siglo XXI

GUSTAVO RODRÍGUEZ

La reproducción de este folleto a través de medios ópticos, electrónicos o fotocopias, está permitida y alentada por los editores.

Gratis para compañerxs presxs

La civilización ha impuesto su agenda vencedora de la mano de las constantes transformaciones del capitalismo global. Nadie duda de su triunfo a sangre y fuego. Su victoria es incuestionable, pero también es evidente su colapso. Ha llegado al límite, alcanzó su plenitud y su postrimería. El eco de su estertor le sobrevive y en medio de esa resonancia se atrincheran los expertos resucitadores para prolongar la agonía otra centuria.

Los políticos –sin distinción de colores e ideologías– se erigen como “líderes naturales” del patriotismo posmoderno. Los falsos críticos se *indignan* e intentan poner en marcha nuevas técnicas dilatorias. Los optimistas se aventuran por la continuidad del progreso y la extensión de la catástrofe mediante la multiplicación *autogestiva* de la nocividad. Los militantes del *quéhacerismo* se exasperan y sobre actúan apostándole a la hiperactividad inútil, a la organizacionitis crónica y a las epístolas *a los amigos*. Los movimientos sociales se revelan en toda su plétora como arma auxiliar de la dominación.

Frente a este panorama, todo parece indicar que el anarquismo ya no encontrará las mismas posibilidades que un siglo atrás para justificar un diseño finalista de sociedad libertaria por muy fundamentados que puedan ser los valores sobre los cuales éste se asentaría. Hoy, el viejo grito de guerra del anarquismo insurreccional (“Ni Dios ni Estado ni Patrón”) ha perdido todo su esplendor y significado. Sin embargo, un aullido sedicioso de fuertes tonalidades anárquicas vuelve –con las variaciones temáticas del caso y las actualizaciones imprescindibles– a enseñar los dientes demostrando la pertinencia de la Anarquía y su vigor demoledor.

Empero, la recreación de un paradigma anárquico que intente reproducir las formas y la secuencia de razonamiento características del anarquismo clásico encuentra hoy serias limitaciones. Aquella estructura de *pensamiento y acción* –que se configuraba alrededor de una crítica, de un marco valorativo, de un modelo de sociedad, de un proyecto de cambio, de una práctica y de unos instrumentos en correspondencia–, ya no puede ser replicada en términos actuales.

En efecto, el viejo modelo anarquista era el negativo de una sociedad que se regía por prohibiciones y mandamientos, formalmente jerarquizada y que parecía responder a un principio organizativo central; razón por la cual bastaba con destruir las estructuras piramidales de dominación e

invertir el principio para que un cuadro completo de relaciones libertarias de convivencia se abriera como posibilidad inmediata.¹

No es casual que desde la Revolución española hasta el presente, los distintos movimientos libertarios no hayan producido diseños acabados de reconstrucción social –lo cual bien podría estar respondiendo tanto a implícitas constataciones del tipo anterior como al carácter intemporal de tales bocetos.

El modelo arcaico de sociedad libertaria, que nunca fue concebido como parcial y pasajero sino como totalizador y definitivo,² era concebible en la medida que también lo fueran los proyectos insurreccionales y los instrumentos orgánicos que le servían como sustento, los cuales tampoco viven hoy su mejor momento.

La Revolución, en el sentido mítico que le diera la tradición anarquista, es cada vez más una entidad inasible y, en el sentido estricto de la experiencia histórica, un fenómeno infrecuente y de muy remotas posibilidades; entre otras razones, porque los *sujetos revolucionarios* a los cuales se les adjudicaba el protagonismo de las insurrecciones clásicas o bien muestran síntomas de una ostensible degeneración o se encuentran en estado permanente de transformación (léase, de flagrante integración al sistema). Esta metamorfosis fehaciente del *sujeto histórico* ha dado lugar a un sujeto carente de toda sujeción; es decir, a un *no sujeto*. Paradójicamente, la resultante, es un sentimiento generalizado de ilusoria autonomía y falsa emancipación.

No obstante, a pesar del patético escenario antes expuesto, nos parece oportuno garabatear algunos apuntes iniciales que orienten nuestros devaneos inmediatos. Esa es la razón de estas palabras y nada más importante en tal sentido que reflexionar en torno al Poder, puesto que el anarquismo no puede definirse si no es a partir de un estado permanente de alarma y confrontación respecto a él.

¹ Es necesario ser ponderados en este aspecto y admitir que no faltaron anarquistas que no suscribieron enteramente este acto de fe. No obstante, nos parece obvio que esa no ha sido la tónica ampliamente predominante.

² No se nos oculta que esta afirmación es ampliamente discutible. Lo tradicional consistió precisamente en lo contrario; es decir, los diseños libertarios de reconstrucción fueron normalmente presentados como provisorios y sujetos a experimentación. Sin embargo, se nos ocurre que tal extremo bien puede ser concebido como declarativo y apropiado a una concepción que reaccionaba eruptivamente frente a la mera sospecha del dogma, pero que en los hechos no llegó a pensarse en eventuales opciones alternativas. El *Comunismo libertario* nunca estuvo exento de las formas acabadas de las utopías pre-enlatadas, como elaboración racional anticipada de un *no-lugar*, de un orden perfecto (“La máxima expresión del orden”) a materializar.

Digamos entonces, que el esfuerzo de recomposición de una crítica anárquica se funda necesariamente en el reconocimiento de la historicidad presente del Poder, lo cual está vinculado tanto con su distribución institucionalizada a través de relaciones formales de dominación como con su condición de estrategia –móvil, cambiante, reversible– asociada a ciertos regímenes de producción de verdad.³ Esto último ya coloca la cuestión del gobierno como un caso particular –el más importante, definitorio e incluyente de los casos particulares, por cierto– y separando relativamente las cuestiones referentes al Poder del concepto de soberanía, respecto al cual, aunque en su variante crítica, el anarquismo clásico es todavía excesivamente tributario.

Por otra parte, esto implica reconocer ya no sólo la gravitación del poder político centralizado sino también, seguramente con mayor relevancia teórica que la tradicional, la que ejerce la difusión caótica del Poder en la sociedad. Lo que nos impone reubicar el problema del Estado, de los espacios públicos y de la organización de la sociedad.

Al respecto, cabe decir que, así como el Estado generó en torno suyo consensos inexistentes en el momento de la elaboración original del anarquismo clásico, los volvió irrelevantes y transformó en etéreos los espacios públicos diluyendo la política en una teatralización insustancial de la decisión colectiva.

Es inconcuso lo endeble de ese simulacro del sufragio universal, la participación ciudadana, la representación parlamentaria, la democracia directa y algunas otras entelequias de similar calibre, cuando el propio Estado ha sido sustituido en muchas de sus prerrogativas y en buena parte de sus funciones instrumentales y simbólicas por corporaciones financieras transnacionales y organizaciones supraestatales que constituyen representaciones de una genuina concentración de Poder iguales o mejores que la que expresara en su momento ese aparato jurídico-político que el anarquismo clásico concibió como la sede natural de las mismas.

³ Esto está obviamente inspirado en el trabajo de Michel Foucault, quien, a nuestro modo de ver, aportó una caja de herramientas extremadamente útil para entender la vieja *sociedad disciplinaria* (repleta de escuelas-internados, fábricas, hospitales, manicomios y prisiones), sin embargo, de muy poco nos sirve para entender (y confrontar) la sociedad contemporánea. Sin duda, sus investigaciones constituyeron en su momento la principal referencia teórica de un proceso de reelaboración en torno al problema del poder; referencia que, desde luego, dista mucho de ser canónica y acabada. *Vid.*, de este autor, *Microfísica del poder*, *Saber y verdad* y *Genealogía del racismo*; Las Ediciones de La Piqueta, Madrid; 1979, 1991 y 1992, respectivamente.

Habrá que volver a puntear, por lo tanto, las atribuciones que los Estados siguen reservando para sí en la era de la llamada globalización y reubicarlas en un cuadro de antagonismos que ya no podrá ser considerado de la misma forma que un siglo atrás ni puede ser contenido por su mera representación territorial.

Del mismo modo, las sociedades contemporáneas y el aparente juego de conflictos a que dan lugar, hoy se resisten a ser interpretadas a partir de ese concepto central que alguna vez fue el trabajo. En sociedades atravesadas por identidades múltiples, superpuestas y cambiantes, el trabajo ha perdido la centralidad cultural e ideológica que le permita seguir siendo el punto nodal desde el cual generar otros entendimientos teórica y prácticamente pertinentes.

En estrecha relación con lo anterior, parece claro que el propio esquema trazado por las *clases sociales* hoy forma parte de las categorías históricas superadas. La *clase* ha adquirido una complejidad, una diversidad y una segmentación interna que sólo puede ser concebida como una pluralidad de clases que compiten e interactúan entre sí y que poco o nada tienen que ver con aquel breve paisaje de polaridades perfectas que alguna vez permitieron orientar sin demasiadas vacilaciones cualquier estrategia de enfrentamiento. Las clases y sus luchas ya no pueden ser el signo excluyente y ordenador sobre el que apoyar toda otra cavilación y cualesquiera otras prácticas. Ahora habrá que aceptar una representación social profundamente difusa de módulos intercambiables, en la cual las *clases sociales* en su acepción clásica no constituirán ya su arquitectura fundamental.

Todo esto nos remite a su vez a la imposibilidad de trazar tanto una representación gráfica acabada de la distribución del Poder como, en forma más abstracta todavía, un mapa de la sociedad en cuanto espacio ordenado de lugares fijos, identidades inamovibles o atribuciones inapelables.

En este plano, la crítica al discurso hegemónico –que últimamente ha dado en llamarse “pensamiento único”– adquiere particular trascendencia en la perspectiva del posicionamiento del denominado *postanarquismo*; entre otras cosas, porque dicho pensamiento reactualiza a su modo buena parte de la temática anarquista original, aunque ahora canalizándola hacia una defensa del capitalismo como contrapunto de la crítica del Estado y adulterando así la piedra fundamental que es la crítica del Poder.⁴

⁴ Dos buenos ejemplos de este tipo de elaboración desvirtuada son, Nozick, Robert., *Anarquía, Estado y Utopía*; Fondo de Cultura Económica, México, 1988 y de Jasay,

Según el “pensamiento único” no hay duda que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Los tranquilizadores preceptos teórico-ideológicos fundados en la libertad de empresas y mercados, en la democracia parlamentaria y en la globalización se constituyen en la cosmogonía irrefutable que nos advierte que el destino es ahora y de este modo y que sólo cabe esperar la irrefrenable extensión de su definitivo imperio.

Ningún argumento detendrá entonces la locuacidad de los profetas del presente y no habrá objeciones capaces de aplacar, siquiera por un instante, su insensato panegírico.

Si la pobreza y aún el hambre continúan siendo el modo natural y ominoso de vida de grandes multitudes, ello es y seguirá siendo así sólo en tanto el capitalismo no haya cubierto con su bendito rocío la holgazanería ineficiente de tales menesterosos, incapaces de comprender las innumerables ventajas del ahorro y la inversión. Si guerras tribales o implacables epidemias se ciernen sobre los pueblos más miserables del planeta, la conciencia de los poderosos dormirá en paz gracias a los "cascos azules" de las Naciones Unidas o a apresuradas remesas de "ayuda humanitaria". Si las devaluaciones en cadena, los desequilibrios financieros o el despilfarro de riquezas afectan a un grupo de países, no se tratará más que de accidentes circunstanciales, errores meramente administrativos o crisis de crecimiento que jamás permitirán poner en duda el despliegue inmarcesible del progreso. Si el aire se vuelve irrespirable, el agua intomable y la tierra improductiva, apenas si cabrá esperar que un adecuado margen de rentabilidad constituya suficiente acicate para que la innovación tecnológica se encargue por sí sola de la crisis ambiental.

Si por otra parte, los despojos de la vieja nave del Estado se desenmascara cada vez más como un crucero privado tecnocrático e inaccesible, descaradamente corrupto, ello no tendrá nada que ver con formas de integración y participación políticas que aun siendo reconocidamente imperfectas no están sujetas ni soportan el más irrelevante movimiento de crítica y superación. Si, en ese terreno, se instala el vacío de representaciones instrumentales y simbólicas, ello no será nunca el producto del complejo laberinto de mediaciones propio de las democracias parlamentarias ni permitirá poner en cuestión el papel de los partidos y sus estructuras de poder como articuladores de la "opinión pública" y como agentes reales de decisión institucional en los menguados niveles que todavía tolera el proceso de globalización.

Si por último, el llamado consenso de Washington, entre los principales organismos multilaterales de crédito, es la verdadera voz de mando del proceso de globalización, ello será presentado como una consecuencia inevitable de la extensión del progreso, mientras la hegemonizada circulación de hipercomunicación, culturas y servicios –y, naturalmente, los flujos financieros que la acompañan– arrastra tras de sí los últimos vestigios de autonomía, agudizando así la pérdida de sentidos y el vacío existencial y reduciendo la realidad al recurso histórico que todo lo explica: la apertura de una nueva era para una multitud de *zombies* consumistas –saturados de Botox y esteroides–, idólatras de la ideología de la felicidad y la esperanza, hijos prodigios de la positividad y el rendimiento⁵.

No hay duda entonces que vivimos en el mejor de los mundos posibles y, quizás por eso, es incuestionable que el mundo se ha vuelto decididamente insoportable y reclama pensar –una vez más o como siempre– en los caminos de la sedición y en el concurso de la destrucción; en la explosión de la rabia subversiva; en la Anarquía como fuerza negativa emancipadora que excede todos los encasillamientos utópicos; en la Anarquía como tensión disutópica; la Anarquía aquí y ahora. La Anarquía como guerra permanente⁶.

Potenciar ese impulso arrasador es la tarea. Avanzar en este afán el objetivo. Para ello habrá que iniciar un periplo interminable de experimentación, sin cartografías pre-enlatadas ni reivindicaciones vanas, sin derramar una sola lágrima ante la muerte de los anquilosados relatos emancipadores. Habrá que pensar contra el pensar. Tendremos que hacernos invisibles, contagiarnos de rabia y asumirnos sujetos imposibles.

⁵ Evidentemente, estas conclusiones tienen su origen en las reflexiones de Byung-Chul Han. Sin duda, en medio del nutrido elenco de estrellitas de la filosofía pop de la modernidad tardía (Agamben, Bauman, Esposito, Hardt, Negri, Rifkin, Sloterdijk y, Zizek, entre otros críticos *light* del capitalismo postmoderno), este filósofo surcoreano se ha puesto de moda y destaca como nuevo cartógrafo y excelente diagnósta de la sociedad contemporánea pero, lamentablemente, sólo se limita al diagnóstico detallado y se niega a echar mano del bisturí e intervenir. Véase, al respecto, Han, Byung-Chul; *La sociedad del cansancio*, Herder Editorial; Barcelona, 2012 y, *Topologie der Gewalt*, Matthes & Setz Verlag, Berlín, 2013.

⁶ Como es obvio, aquí retomamos la provocativa tesis de nuestro Pierre Clastres. Sobre el tema, *vid.* el planteo de la “guerra permanente” como energía destructiva autónoma (“fuerza centrífuga”) que impide la construcción del Estado, en Clastres, Pierre; *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*; Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004 y, *La Sociedad contra el Estado*; Monte Ávila Editores, Barcelona, 1978.

Nuestro *mal-estar* será el puerto de partida. El *nos-otros* la nave sin capitán que surcará el desierto, sabedores que no hay nuevos mares que explorar ni nuevas tierras a conquistar. *Sólo un mundo que destruir.*

Serie Folletería:

Folleto 1 Consideraciones de la TIA (Tendencia Informal Anarquista), Gustavo Rodríguez.

Folleto 2 Incitando al debate en torno a la extensión de la Anarquía más allá del anarquismo, Gustavo Rodríguez.

Folleto 3 (Re) Pensar la Anarquía en el siglo XXI, Gustavo Rodríguez.

Folleto 4 Danzando sobre cristales rotos: apuntes en torno a la práctica de la sedición anárquica contemporánea e invitación a su (re)valoración, Gustavo Rodríguez.

Folleto 5 ¡Contra toda Esperanza!, Gustavo Rodríguez.

Nota editorial: El presente folleto corresponde a la Introducción “(Re)Pensar la Anarquía en el siglo XXI” del libro La explosión de la rabia: nueva sedición anárquica en el siglo XXI, del compañero Gustavo Rodríguez, publicado por Ediciones Internacional Negra, Santiago de Chile, Chile, en 2013.